

La guerra de Irak en clase: diez claves didácticas

En este artículo se recogen varias consideraciones de carácter educativo sobre los acontecimientos que está viviendo el mundo, con el objetivo de afrontar los vientos de la guerra que, vulnerando la legalidad internacional, soplan con furia arrasadora sobre Irak desde la madrugada del pasado 20 de marzo

Pedro Sáez Ortega
Profesor de Secundaria

Más allá de la condena moral y la movilización ciudadana bajo la consigna del no a la guerra, tenemos que intentar sistematizar las razones de todo orden que contribuyan a desarmar el discurso belicista. Agrupamos dichas razones en diez términos, que recogen los debates más relevantes suscitados por la crisis iraquí, a fin de proporcionar enfoques y recursos explicativos al profesorado comprometido con la causa de la paz.

1. Armas de destrucción masiva

El desarme iraquí ha figurado siempre entre los objetivos de quienes defienden la ocupación militar del país. Al cierre de esta edición no se tiene noticia de que se hayan encontrado pruebas de que Irak posea las temibles armas de destrucción masiva -químicas, bacteriológicas o nucleares. Resulta evidente que, en su momento, el Gobierno iraquí engañó y ocultó información, bloqueando la actividad de los inspectores -que, por otra parte, también realizaron labores de espionaje a favor de EE.UU.-, hasta hacerla imposible. ¿Ha sucedido lo mismo ahora? Aunque tampoco se han encontrado con una colaboración entusiasta, parece que las inspecciones estaban logrando su propósito ¿Ha sido la amenaza de una intervención militar lo que le hizo cambiar de actitud?

Por otro lado, ¿por qué las armas de destrucción masiva que supuestamente posee el dictador iraquí deben ser destruidas y las que tienen otros países no constituyen una amenaza para Occidente? En el caso paralelo de Corea del Norte, es llamativa la “suavidad”, casi diplomática, con la que EE.UU. ha anunciado sanciones para castigar el rearme nuclear anunciado oficialmente por el gobierno norcoreano. Esto puede llevar a la conclusión de que la posesión de armas nucleares aumenta el poder de los estados pobres, les ofrece una “dignidad” añadida en el concierto internacional. Por no hablar de las potencias que fabrican y comercializan dichas armas o sus componentes -algunas de ellas, miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU-; aquellas que utilizan dichas armas -sin remontarnos a Hiroshima o Vietnam, podríamos analizar cómo el actual gobierno ruso “resolvió” el secuestro de los espectadores de un teatro de Moscú, realizado por un comando checheno el año pasado-, sin que nadie las condene o cuestione. ¿Qué sanciones están estipuladas para EE.UU., por ejemplo, que se niega a destruir sus arsenales de minas antipersonas o rubricar la convención sobre armas biológicas, por no admitir inspecciones sobre sus arsenales? La cuestión del desarme iraquí debería, pues, plantearse en un contexto mucho más global. De momento, ha sonado más bien a excusa o pretexto.

2. Terrorismo internacional

La vinculación entre Saddam Hussein y las redes terroristas islámicas es otro de los argumentos más comúnmente repetidos, en un tono alarmista, que, sin embargo, no ha aportado pruebas concluyentes. A día de hoy, podemos afirmar que no existen vínculos entre Iraq y los atentados del 11-09-01 -otra cuestión es su relación con grupos terroristas palestinos; pero aún en este caso, estados como Siria o Irán están bastante más implicados-. Además de mantener una inexplicable ignorancia acerca de las divisiones y tensiones entre los regímenes políticos musulmanes, una constante dentro del islam y el mundo árabe, Occidente y muy especialmente el gobierno estadounidense sigue sin reflexionar acerca de las raíces del terrorismo islámico, su vinculación con el “doble rasero” con el que se tolera a otro histórico incumplidor de las resoluciones de la ONU, Israel, y la necesidad de abordar de manera profunda el conflicto palestino, que tanto envenena y pervierte la situación de la región desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Al final, la acción bélica de EE.UU. puede que logre unir en un mismo objetivo a enemigos tan supuestamente irreconciliables como Saddam Hussein y Osama ben Laden.

3. Dictadura

Desde 1979, Saddam Hussein ha concentrado en sus manos todos los poderes políticos y militares, derivando la ideología baazista -panarabista y socializante- hacia el tribalismo de los clanes y la consideración del estado iraquí como un patrimonio personal y familiar que administra según su conveniencia. Su dictadura, basada en una brutal represión política y étnica -tanto con respecto a los kurdos como con respecto a los chiíes-, se ha consolidado gracias a dos guerras de las que paradójicamente, sale perjudicado o abiertamente derrotado: a) Entre 1980 y 1988, contra Irán, conflicto justificado por la reivindicación común de la región de Chatt el-Arab, y que escondía el enfrentamiento con la revolución iraní, que amenazaba con extenderse hacia el resto del mundo árabe. Las potencias occidentales, y la propia URSS, metida de lleno en la guerra de Afganistán, apoyaron gustosas, con dinero y armas, la contención que Saddam Hussein hacía en su nombre. Cuando la prolongación del conflicto puso en peligro el abastecimiento de petróleo a través del golfo Pérsico, la ONU impuso un alto el fuego.

b) La invasión de Kuwait por Irak, que origina la guerra del Golfo (1990-1991), en buena medida consecuencia de la guerra anterior: Saddam Hussein exige compensaciones por haber defendido a Occidente del peligro iraní -la condonación de su deuda externa y la reducción de la producción petrolífera para provocar un aumento de su precio, amenazando con ocupar Kuwait, cuya independencia (1961), había reconocido a regañadientes el Gobierno iraquí en 1964. Al no obtener lo que pretendía, decide la invasión, con los resultados ya conocidos. La Operación Tormenta del Desierto, organizada por EE.UU., que agrupaba una amplia coalición internacional de países y contaba con el aval de la ONU, logra su objetivo y expulsa al ejército iraquí de Kuwait.

El alto el fuego de 28 de febrero de 1991, recogido en la resolución 687 del Consejo de Seguridad de la ONU, establecía: a) Unas zonas de exclusión aérea -kurdos y chiíes-, donde los aviones iraquíes no podían entrar; b) La exigencia de un desarme completo de Irak, que pasaba por la destrucción de sus arsenales químicos y biológicos, los misiles de largo alcance y el programa nuclear, verificado por una comisión de inspectores constituida al efecto (UNSCOM); c) El establecimiento de sanciones -concretadas en el embargo de determinados productos que Irak no podrá importar del exterior-, hasta que se verifique el mencionado desarme.

Las consecuencias de la guerra del Golfo no llevaron a lo que supuestamente se pretendía, la caída de Saddam Hussein. Las rebeliones internas de kurdos y chiíes fracasaron ante la falta de apoyo occidental -se permitió a la Guardia Republicana, el cuerpo de ejército más fiel al presidente iraquí, salir de Kuwait con su armamento intacto. El embargo ha sido utilizado por Saddam Hussein en beneficio propio, económico y propagandístico, para enriquecerse, castigar a los opositores y presentar a su población como víctima inocente de las maldades externas. Tampoco se ha logrado verificar el desarme anunciado -en 1998 los inspectores de la ONU abandonaron Irak y se produjo una oleada de bombardeos ordenada por el entonces presidente estadounidense Bill Clinton, la Operación Zorro del Desierto, que no condujo a nada.

Es evidente, pues, que el régimen iraquí constituye, de hecho, una tiranía insoportable para sus ciudadanos. Pero, ¿cuántos regímenes similares perviven en el mundo? ¿Por qué no se adopta, en defensa del carácter universal de los Derechos Humanos, una actitud semejante con aquellos estados que no cumplan los mínimos que garantiza su articulado? Así como ahora se habla de democratizar Irak, la anterior guerra del Golfo se hizo bajo la bandera de la democratización de Kuwait, y aún estamos esperando el cumplimiento de tan loable propósito; es más, EE.UU. comparte estrategias y complicidades con muchas dictaduras y monarquías feudales incluso en la misma región de Oriente Medio -seguimos sin aludir al pasado reciente de Latinoamérica, o a las relaciones de algunas democracias europeas con los gobernantes de sus antiguas colonias africanas. ¿En qué se diferencia la tiranía de Saddam Hussein de las otras? ¿En que su subsuelo contiene “nuestro” petróleo?

4. Comunidad internacional

Hasta donde nosotros sabemos, Irak no constituye una amenaza para ningún Estado, ni cercano ni lejano. No se pueden aplicar, por lo tanto, los motivos que la Carta de las Naciones Unidas aduce para defender una acción armada -y ni siquiera el procedimiento propuesto inicialmente por EE.UU. para poner en marcha la maquinaria bélica se ajusta a los principios del Capítulo VII de dicha carta.

La utilización formal de la ONU para legitimar la agresión, y las críticas a su inoperancia -hasta el definitivo ninguneo del ultimátum de las Azores-, cuando las votaciones y las actitudes de la mayoría de los miembros del Consejo de Seguridad no coincidían con los planes de EE.UU. y sus amigos es un acto de hipocresía política que traerá consecuencias en el futuro. Por lo demás, da la impresión de que el nuevo imperialismo estadounidense pretende asignar a la comunidad internacional la tarea de pagar y ejecutar la reconstrucción “humanitaria” de las guerras presentes y futuras que sean necesarias para confirmar su doctrina de la seguridad interna y el combate contra el terrorismo. ¿Podemos llamar a esto “multilateralismo”?

5. Guerra preventiva

Además de no considerar ni uno solo de los argumentos que comúnmente se utilizan para establecer la teoría de la guerra justa, la aberrante doctrina de la guerra preventiva, tan cara al actual presidente estadounidense ¿puede generalizarse a cualquier Estado, o es el monopolio de la superpotencia? Pakistán y la India podrían utilizarla en Cachemira; Etiopía en Eritrea; Indonesia en Timor Oriental. El trasfondo de estos argumentos no estriba únicamente en el unilateralismo de hecho con el que actúa el gobierno estadounidense, subordinando a quien lo acepta, despreciando a quien lo cuestiona, sino en el imaginario mental o cultural, por el que se designan enemigos -“un estado canalla es quien decide el

gobierno estadounidense que lo sea”-, se imponen estrategias y , de paso, se daña, quizá de manera irreversible, la lenta, costosa y frágil construcción de los marcos internacionales necesarios para prevenir tensiones, detener conflictos y reconstruir la convivencia entre las naciones y los pueblos de la tierra.

6. Geopolítica imperialista

Las dos grandes cuestiones geopolíticas que han marcado la historia reciente de Irak han sido sus fronteras, trazadas de manera un tanto artificiosa después de la Primera Guerra Mundial y sometidas a continuas reivindicaciones expansivas por parte del Gobierno iraquí y los seis estados que le rodean y, sobre todo, sus abundantes yacimientos petrolíferos, las segundas reservas mundiales después de Arabia Saudí.

La combinación de ambos factores -mucho petróleo y problemas para poder darle salida comercial, debido al diseño de sus fronteras físicas, especialmente en el Golfo Pérsico- se ha apuntado como trasfondo para explicar la guerra contra Irán (1980-1988) y la invasión de Kuwait (1990-1991). Numerosos expertos estiman que los actuales intereses de EE.UU. en la zona apuntan en esta dirección: La situación de Irak, tutelado y amenazado periódicamente desde 1991, había dejado el primer plano de las preocupaciones occidentales, cuando, tras el 11 de septiembre de 2001, y a la búsqueda de enemigos potenciales a los que responsabilizar de los atentados de las Torres Gemelas y el Pentágono, Georges W. Bush sitúa a Irak dentro de su particular “eje del mal”, y refuerza el cerco diplomático y la amenaza militar contra su régimen, lo que provoca la situación presente. La vuelta de los inspectores a Irak y la resolución 1.441 del Consejo de Seguridad de la ONU a comienzos de noviembre de 2002 marcan una nueva fase en la crisis. ¿Cuál es el trasfondo de este giro?

El gobierno de Georges W. Bush se ha replanteado su estrategia de alianzas en Oriente Próximo y Medio, ante la sospecha de que su aliado tradicional, Arabia Saudí, está detrás de la fundamentación doctrinal y la financiación de grupos terroristas como Al Qaeda, y de que Egipto, acosado por el integrismo, tampoco resulta fiable. Un gobierno vasallo de EE.UU. en Irak -país mucho más atractivo que el empobrecido Afganistán por sus recursos en hidrocarburos y agua— sería una buena solución para la Administración Republicana, ansiosa de apuntarse un éxito de cara a la opinión pública interna norteamericana tras el fiasco de la guerra afgana;

7. Petróleo

Por otra parte, en el control del crudo iraquí no sólo hay que considerar el abastecimiento de EE.UU., cuyas importaciones en este apartado son escasas en comparación con sus necesidades -no así en un futuro más o menos cercano-, sino el impulso a sus propias empresas, en cuyos consejos de administración están presentes muchos de los miembros de actual gobierno de Bush, empezando por el clan familiar del presidente. También está la utilización del petróleo como arma estratégica, debido a la mayor dependencia que del mismo tienen países como Francia, Alemania o Japón. Los contenciosos comerciales y monetarios que dichos estados mantienen con EE.UU. deberían así desactivarse, bajo la amenaza de dificultarles el acceso a esta fuente de energía vital para su crecimiento, al tiempo que se premiaría a los aliados occidentales más condescendientes con su política global.

Así pues, y como ya sucedió durante la pasada guerra del Golfo, no estaría de más plantear un debate sobre el petróleo; la dependencia energética occidental del mismo; sus

efectos contaminantes sobre la atmósfera, la tierra y el agua -ahí tenemos la reciente catástrofe del Prestige frente a la costa gallega-, y la necesidad de buscar una alternativa ecológica a su previsible agotamiento.

8. Refugiados y desplazados

Según todos los indicios, la guerra desencadenará un desastre humano y provocará una grave recesión mundial. EE.UU. ha calculado el coste de la guerra -para que otros lo paguen-, pero no parece tener en cuenta las consecuencias humanas de la misma. Además de los previstos muertos “colaterales”, millones de refugiados repartidos por los estados vecinos constituirán un poderoso factor desestabilizador -por ejemplo, el Gobierno turco ya ha anunciado su intención de intervenir en el Kurdistán iraquí para sofocar cualquier movimiento independentista-, difícilmente gestionable por las organizaciones humanitarias. ¿Cuánto costaría un plan de reconstrucción de Irak que permitiera una verdadera recuperación de la sociedad civil? ¿Nos conformaremos con repartir concesiones a empresas “aliadas”, dedicadas a la reparación y la explotación de las infraestructuras más rentables?

9. Recesión económica

Lejos de reactivar la economía globalizada en la que vivimos, los avisos de una grave recesión, explicada en parte por la previsible ausencia del petróleo iraquí en el mercado, aunque no sólo por eso, no parecen ser tenidos en cuenta por los señores de la guerra. La devastación producida por el ataque afectaría, pues, no sólo a las víctimas iraquíes, sino a los mercados de todo el mundo. ¿Qué decir de las compañías que pueden beneficiarse de la campaña militar estadounidense, dedicadas al abastecimiento de las tropas? ¿Quiénes están sentados en sus consejos de administración? ¿Se han considerado las consecuencias ambientales del conflicto, tan evidentes en la guerra de 1990-1991, en especial la contaminación por la rotura y el incendio de los pozos petrolíferos?

10. Opinión pública

La opinión pública se ha manifestado activamente en contra de la guerra. La protesta del 15 de febrero, celebrada en todo el mundo con carácter masivo, ha merecido todo tipo de comentarios. Mientras unos reconocen la importancia del movimiento y la necesidad de que los políticos más comprometidos con los planes de guerra atiendan a la advertencia, otros insisten en las descalificaciones maniqueas: los pacifistas siempre han tenido la culpa de las guerras, porque no han hecho nada para evitarlas. El recurrente ejemplo de la Conferencia de Múnich de 1938 es un lugar común de estas críticas, que insisten en confundir, suponemos que intencionadamente, pacifista con pacífico o con apaciguador, y ahora se ponen de parte de un dictador y expresan un antiamericanismo infantil y trasnochado. El debate sobre el sentido y las propuestas de los movimientos pacifistas puede resultar enormemente enriquecedor para todos, porque se sitúa en la entraña de la nueva mirada sobre el mundo que pretendemos construir en las aulas.

Pedro Sáez Ortega es profesor de Educación Secundaria (Geografía e Historia), en el IES “Clara Campoamor”, de Móstoles (Madrid); investigador en el Centro de Investigación para la Paz de la Fundación Hogar del Empleado (Madrid) y autor de

Guerra y Paz en el comienzo del siglo XXI. Una guía de emergencia para comprender los conflictos del presente (Madrid, 2002)